

Territorios bilingües. Escritos migrantes de Sylvia Molloy y Lina Meruane

*Bilingual Territories. Migrant Writings by Sylvia
Molloy and Lina Meruane*

Ewa Kobylecka-Piwonska

(Universidad de Lodz, Departamento de Filología Española)

ewa.kobylecka@uni.lodz.pl

RESUMEN

En el campo de la literatura latina en EE. UU., la obra de los escritores procedentes del Cono Sur sigue siendo la menos conocida, debido a la posición marginal que los autores de esta región ocupan en la enorme comunidad latina, tradicionalmente formada por mexicanos, cubanos y puertorriqueños. No obstante, los intelectuales argentinos y chilenos desempeñaron un papel destacado en el diseño de los patrones de enseñanza de la literatura y cultura latinoamericanas en la academia estadounidense. Por ello, su manera de definir los conceptos tales como “lengua materna” o “espacio propio” merece una investigación más detallada. El presente artículo analiza cómo estas nociones se plasman en la escritura de Sylvia Molloy y Lina Meruane, centrándose en el proceso de “auto-interpretación” mediante el que el migrante percibe su propia identidad. Para Molloy, resultarán clave cuestiones como “extranjería lingüística” y el tratamiento atribuido a los idiomas, mientras que, en el caso de Meruane, se discutirá la configuración del espacio y, en particular, la dialéctica entre lugares antropológicos y los no lugares.

Palabras clave: novela argentina; novela chilena; literatura latina en EE. UU.; lenguaje; espacio; migración.

ABSTRACT

Within the whole US *latino* literature, the writers from the South Cone (Argentine and Chile) remain one of the least-known, due to their marginal position in this immense community, traditionally formed by the Mexicans, Cubans and Puerto Ricans. However, Argentinian and Chilean intellectuals, the majority of which have been working at US universities, have played a crucial role in shaping the patterns of teaching Latin American literatures and cultures in this country. Thus, their understanding of the concept of “mother tongue” and “home space” deserves detailed investigation. The article aims to examine how these notions are conceived by Sylvia Molloy and Lina Meruane, two Latin American (Argentinian and Chilean, respectively) writers settled in US for many years. It is centered on the process of “self-interpretation”, through which the migrant perceives and presents his/her own

identity. In the case of Molloy's fiction, the concept of "linguistic immigration" and the treatment given to the languages (both native and foreign) will be discussed, whereas in Meruane's literary output, it is the configuration of space, especially the existence of so called "nonplaces", that will receive more in-depth analysis.

Keywords: Argentinian Novel; Chilean Novel; Latino Literature in US; Language; Space; Migration.

DE entre las comunidades latinas en Estados Unidos, las del Cono Sur se han merecido un escaso interés científico, debiéndose seguramente esta peculiar indiferencia o tibieza investigadora a la implacable estadística: en la creciente –en número y, por consiguiente, en poder político– población de los *latinos*, los argentinos, uruguayos y chilenos se sitúan entre los que cierran la lista, encabezada por los mexicanos, puertorriqueños y cubanos. Esta poca numerosidad les incita, además, a no hacer suya la nueva y todavía muy discutida identidad que reivindican para sí mismos los “Latinos en EE. UU.” y cultivar, en cambio, la pertenencia a las respectivas culturas nacionales¹. Sergio Waisman, en su artículo dedicado a la producción literaria de los argentinos residentes en EEUU, confiesa: “It is not at all clear to me that the handful of Argentine writers whom I will be discussing here (...) belong in a volume on US Latino literature” (158). Las palabras “retorno”, “no pertenencia” o “adentro y afuera”, desafiantes con respecto a la tan aplaudida *in-betweenness* del migrante contemporáneo, siguen marcando y posicionando su discurso sobre el exilio. El escaso tamaño de la población latina procedente del Cono Sur –para volver a la idea que abría nuestras reflexiones– contrasta, sin embargo, con el peso cultural o simbólico de esta minoría. Waisman prosigue, a propósito de los escritores argentinos establecidos en EE. UU.:

One striking commonality between these writers is that the majority have been working in US universities, in departments of Spanish or Latin American Studies, or both (...). In analogous fashion to the role of exiled Spanish Civil War intellectuals and writers in formation of Hispanism in the US earlier in the twentieth century, a number of South American writers have been central to the formation of Latin American Studies in the US in the last thirty years or so (161).

Entre los escritores claves para la configuración institucional de lo que se percibirá y enseñará como “idiosincrasia latinoamericana”, Waisman enumera, a modo de ejemplos, a Tomás Eloy Martínez, Alicia Borinsky, Ricardo Piglia y Sylvia Molloy.

Ese constructo oficial o académico de lo latino es un continuo *work in progress*, fruto de una negociación llevada a cabo por los agentes culturales o informantes que *traducen* su cultura

¹ Incluso si estas nacionalidades se han visto carcomidas, como bien sabemos, por la intensificación de los movimientos sociales transnacionales.

a los términos asimilables por la cultura de acogida. Sylvia Molloy constata amargamente: “Ser otro, en cualquier grupo que se quiere homogéneo, significa también representar a ese otro, no sólo encarnar una diferencia sino tener que explicarla, volverla aceptable (...). Solo que, como suele pasar con las traducciones (al igual que con las encuestas antropológicas), al informante se le pide que confirme lo que ya se cree saber” (“A modo de introducción” 17-18). Los informantes –que, repitámoslo, no representan proporcionalmente cada una de las “latinidades nacionales”– se encuentran, pues, bajo la presión de la *marca de lo latino*, constituida esencialmente por los elementos exotizantes (bien lejos de ser los mismos ahora y hace años), aclamados por el público. Lo que es más, a esa difícil tarea de traducción intercultural se superpone otra, es decir, la traducción que uno tiene que hacer de sí mismo: ¿a qué cultura pertenezco?, ¿desde qué lugar hablo?, ¿cómo legitimarme en tanto representante de lo latino?² La prolongada separación física del territorio que uno supuestamente representa trae preguntas acerca de la autenticidad o legitimidad de esta representación o pertenencia nacional. En la figura del migrante, pues, parece inscrito el doble compromiso: por un lado, con las expectativas de los autóctonos, que le piden encarnar y explicar la diferencia identitaria, y por otro, consigo mismo, con el yo interno que necesita interrogar críticamente esta diferencia.

La intensidad de este último debate, más individual, depende de una serie de factores, entre los cuales destacan el tipo de estancia en el exterior (la noción de “migrante” abarca tanto a los escritores radicados en el extranjero, como a los que han vivido afuera y han regresado, así que a los que no tienen ningún lugar de residencia fijo y van y vienen entre dos o más países) y la época en la que se produjo. Hasta los 80, prevalecían los desplazamientos forzados, genuinamente denominados “exilios”, que, en muchos casos, se prolongaban incluso después de que se abriera la posibilidad de volver, puesto que el retorno solo demostraba la sensación de ya-no-pertenecer. Después, la globalización y los avances tecnológicos impulsaron otra modalidad de

² En otra ocasión, Molloy cuenta cómo, al publicarse su novela *En breve cárcel*, en la Argentina se destacaba ante todo el hecho de que la autora enseñara en la universidad norteamericana y de que el libro se publicara en España (“En breve cárcel: pensar otra novela” 29).

migración, al parecer menos definitiva y “separatista”: en la actualidad, los espacios urbanos se parecen hasta el punto de derretir la impresión de “estar fuera”, mientras que Internet garantiza “el acceso extendido e inmediato a los afectos (...), produciendo situaciones de cercanía que ocultan bien su cualidad ilusoria” (Negroni 30). Al mismo tiempo, la esencia identitaria que proporcionaba el territorio o la nación se ha vuelto *demodé*, por lo menos en el espacio cultural de Occidente, y en su lugar se ha empezado a aclamar al nómada desprovisto de raíces o, en todo caso, solo adherido a una distante comunidad imaginaria. “La idea de pertenencia nacional se había tornado un anacronismo, cuando no un indicio de provincialismo escandaloso” (Negroni 27). En estas circunstancias, la auto-traducción del migrante –ese interrogatorio crítico al que somete su propia identidad– aspira a problematizar este nuevo paradigma de la grata no-pertenencia, pero no volviendo al anterior binomio adentro/afuera, sino detectando fisuras o profundas alteraciones en las ideas de “espacio” y “lenguaje”. Es, pues, en estas dos superficies –espacial y lingüística– donde se juega la identidad del sujeto errante.

De entre muchos testimonios o escritos migrantes, hemos escogido los de Sylvia Molloy (1938) y Lina Meruane (1970), dos autoras procedentes del Cono Sur (Argentina y Chile respectivamente), radicadas desde hace años en Estados Unidos. La autora de *En breve cárcel* (1981) inauguró lo que iba a convertirse, con el paso del tiempo, en una residencia permanente en el extranjero, en 1958, con un viaje de estudios a París. Regresó a la Argentina unos años después, para volver a irse en 1967, esta vez a EE. UU., donde terminó quedándose. Lina Meruane se estableció en Nueva York varias décadas más tarde, en 2001. Ambas escritoras proceden, además, de familias multiculturales: Molloy es descendiente de franceses e ingleses, Meruane, de italianos y palestinos. Las novelas y ensayos a los que me referiré a continuación (*El común olvido*, 2002 y *Vivir entre lenguas*, 2016 de Molloy, *Sangre en el ojo*, 2012 de Meruane) fueron todos escritos ya durante su estancia en el extranjero y el desarrollo de los acontecimientos se nutre de alguna forma de la tensión establecida entre dos lugares (aquí y allí). Es preciso enfatizar, no obstante, la diferencia generacional entre las dos escritoras, la que hace

que sus respectivas experiencias migratorias se desarrollen en contextos socio-políticos y académicos muy distintos.

En la obra de Molloy, es la dimensión lingüística la que prevalece por sobre la espacial, de acuerdo con la conocida máxima de que “la patria del escritor es la lengua”: la autora argentina piensa y concibe el espacio a través del idioma que lo aprehende. Su sensibilidad lingüística, manifestada en la convivencia y compenetración de varias lenguas (española, inglesa y francesa), no sirve aquí, como quizás podamos esperar, para denunciar la opresión y catalizar la insurgencia política. Molloy es ajena al tono rebelde de las literaturas chicana y niuyorriqueña de los 60, para las que los cruces inter-lingüísticos fueron o siguen siendo vehículo de una praxis política subversiva, plasmada metafóricamente en el uso de *spanglish*, y ausente por completo en la obra de la autora argentina³. Molloy es, por cierto, igualmente ajena al activismo militante que caracteriza a muchos autores argentinos residentes en España, donde la angustiante proximidad de (¿los dos?) idiomas incita las tensiones y batallas lingüísticas⁴. En realidad, la única carga de crítica política que, en la obra de Molloy, genera la forzosa cohabitación de distintas lenguas remonta al pasado, al trato que se daba en Argentina al español y a las lenguas consideradas de más prestigio. En la novela autoficcional *Vivir entre lenguas*, el recuerdo del “colegio bilingüe” (donde se castigaba severamente a las alumnas si por las mañanas, que pertenecían al idioma inglés, hablaban en español; en cambio por las tardes, cuando la escolaridad se daba en español, el uso del inglés permanecía impune) (18-20) es un eco no

³ Para esas literaturas, el uso del *spanglish* ha sido una señal y también una manera de afirmar la identidad y ejercer la resistencia ante la dominante cultura anglosajona. Por ejemplo, en uno de los textos fundamentales de la literatura chicana, una novela semi autobiográfica de Gloria Anzaldúa, *Borderlands = La frontera: the new mestiza* (1987), el empleo libre del *spanglish* se considera uno de los elementos constituyentes de la legitimación del yo, al lado de su identificación sexual y de género: “I will be no longer to be made to feel ashamed of existing. I will have my voice: Indian, Spanish, white. I will have my serpent’s tongue – my woman’s voice, my sexual voice, my poet’s voice. I will overcome the tradition of silence” (81).

⁴ Marcelo Cohen, escritor argentino radicado en España durante más de veinte años, así recuerda el principio de su difícil convivencia con el español peninsular: “La tensión entre los deberes del exiliado para con su verbo raigal y la obligación de traducir para el idioma de la península habría podido ser muy provechosa, como fue al cabo, si no me lo hubiese tomado como una situación de guerra fría (...). Me dediqué al contrabando y la insurgencia lingüística menuda” (44)

tan lejano de los debates acerca de la jerarquía de idiomas y los derechos que detentaban sus hablantes, librados en Buenos Aires a partir de los años 20 (Sarlo)⁵. Para la autora argentina, esta dimensión histórico-social no es sino una de las manifestaciones posibles de un fenómeno profundamente existencial: el de cómo nos asentamos en la lengua, de cómo ella nos define y nos limita.

La condición del bilingüe sería, desde esta perspectiva, más vulnerable o más susceptible a estos momentos de desautomatización, durante los que la fluidez natural de un flujo de palabras se atasca, revelando el carácter contractual de cualquier intercambio lingüístico: “Esta conciencia de la inherente rareza de toda comunicación, este saber que lo que se dice es desde siempre ajeno, que el hablar siempre implica insuficiencia y sobre todo doblez (siempre hay otra manera de decirlo), es característica de cualquier lenguaje” (Molloy, “A modo de introducción” 19). El bilingüe la percibe con más agudeza, puesto que esa “otra manera de decirlo” lo acecha como un eco en la forma de la segunda lengua, que susurra alternativas y “vuelve patente esa otredad del lenguaje” (*Vivir entre lenguas* 68). El inocente cartel que anuncia “Hay” se desdobra en inglés (*heno*) y español (verbo *haber*), el “icy pavement” se desvía, por el francés, hacia el “aquí pavimento” (*Vivir entre lenguas* 24-25). Es, principalmente, esta tramposa irrupción de lo cotidiano, que saca al bilingüe de la cómoda existencia en el lenguaje, lo que distingue a Molloy de George Steiner. Ambos elogian la extraterritorialidad, pero – mientras que el crítico franco-americano “pasa sucesivamente de una lengua a otra como un turista millonario” (Steiner 21)– la escritora argentina seguramente no transita entre las dos como vagabunda, pero sus recorridos son, sin duda, más incómodos. Se trata, más que nada, de la diferencia del tono, porque su incomodidad no se debe tanto a las carencias lingüísticas, sino a la consciencia de que un siempre posible “otro decir” no implica la riqueza interior ni la libertad contra las adversidades externas (como era el caso de Steiner), sino que exhibe la ausencia de esta otra realidad, connotada por la lengua que temporalmente se desvanece, en desuso. El personaje bilingüe de Molloy se encuentra en el “permanente estado de necesidad”, como un adicto que

⁵ Anzaldúa recuerda, por cierto, unas prácticas disciplinarias muy semejantes: “I remember being caught speaking Spanish at recess – that was good for three licks on the knuckles with a sharp ruler” (75).

necesita otra dosis (*Vivir entre lenguas* 23), porque a sus varias lenguas (casi) maternas no las domina, sino que es dominado por ellas. La suspicacia con la que Molloy percibe el bilingüismo – este desorden revoltoso de *signifiants* y *signifiés*– se deja cotejar con lo que confiesa otra migrante latinoamericana, Cristina Rivera Garza, a propósito de su primera y segunda lengua:

En sentido estricto, por supuesto, toda lengua es una segunda lengua. En sentido estricto, quiero decir, la lengua que nos acoge y nos arropa desde el seno materno es ya, de por sí, una lengua madrastra. Aún sabiéndolo, sin embargo, me gusta llamarla así: La Segunda Lengua. Hay un cierto sentido de extrañeza y otro de consecutiva falta de importancia que me hacen sentir bien respecto a ella. No es mi casa, ciertamente, ni otra casa. Se trata, en todo caso, de la intemperie. No es la encargada de mantener las apariencias (de lo original o lo primigenio o lo natural), sino la otra, la que nada más por el hecho de existir logra ponerlo todo (a lo original y lo primigenio y lo natural) en duda (96).

En el sentido estricto, pues, la primera lengua nunca puede restaurar un estado de cosas primitivo, primero o natural, porque este no existe, o por lo menos no existe fuera de ella: la lengua (cualquiera) es una ineludible mediadora entre el sujeto y el objeto. Además, ninguna es íntimamente “nuestra”, porque viene impuesta por la cultura, lo interhumano o lo simbólico. Hablar desde una segunda (o tercera) lengua es, pues, la única libertad que uno puede tomar con respecto a esa objetividad, que así revela su carácter relativo: el bilingüismo incita un modo de pensar divergente, en que se tiende a percibir la realidad desde diferentes perspectivas cognitivas (Sommer 4).

Desde el punto de vista meramente literario, la misma posibilidad (o necesidad) de elegir entre uno de los idiomas activa no solo la función metalingüística (¿por qué código optar?), sino también la poética: la segunda lengua altera la visión, invita a calibrar las cosas de otra forma: “Una distorsión, en efecto (...). La inminencia de un malentendido, que es el otro nombre de la invención. Y éste, tal vez el nombre no tan secreto de toda escritura” (Rivera Garza 97). Esta distorsión lingüística –entre el castellano, aspirante a ser “la primera lengua” y dos “segundas”, inglés y francés– es el volante que pone en marcha los mecanismos de la novela *El común olvido*, escrita en 2002 y considerada

por la crítica (alentada por las palabras de la propia Molloy)⁶ una novela autobiográfica.

El protagonista, Daniel, establecido desde hace años en EE. UU., viaja a Buenos Aires para arrojar las cenizas del cuerpo de su madre al Río de la Plata, conforme a su última voluntad. El viaje, el *Argentina Revisited* –como lo llama el novio del protagonista, Simón– al principio pensado como breve, se va prolongando a medida que se convierte en el asiduo ejercicio de la memoria, en una obstinada excavación en el pasado que el protagonista se esfuerza en reconstruir de trozos que le dicta su propia, agujereada memoria, combinados con los testimonios fragmentarios suministrados por los familiares y amigos autóctonos: Ana, la hermana de su madre muerta, sobrina de esta, Beatriz, los familiares del padre (figura ausente y más bien ruin), Samuel, amigo íntimo de la madre, etc. La crítica ha ahondado ampliamente en los temas clave de esta novela, como la alternancia de memoria y olvido, el luto, el deseo simultáneo del desarraigo y de la pertenencia, la imposible reconstrucción identitaria (Loustau, Josiowicz). La cuestión de la lengua, ciertamente, se manifiesta de alguna forma en todos ellos, pero, desde nuestra perspectiva –que se enfoca en la “auto-traducción” del migrante– sería más fructífero poner el problema de la extranjería del idioma en el centro de la reflexión crítica, estudiarlo como condicionante de los demás, especialmente de la representación del espacio.

Lo característico de la narrativa de Molloy es que, si bien suele acudir a varias lenguas, estas no se mezclan: a la autora no le interesa el juego de palabras procedente de la fusión morfológica típica del *spanGLISH*, tampoco las alternancias sintácticas de código se dan aquí con tanta insistencia como en los escritores que cultivan esta jerga. En *El común olvido*, el inglés y el francés afloran en el medio de la frase castellana o incluso argentina (“el camp no da para más, con los impuestos que están, it’s a slow death, che” [162], “I’ll give you a hand, che” [263]), pero no

⁶ Al referirse a la supuesta escasez de los escritos autobiográficos en Hispanoamérica, Molloy constata, que “es menos un asunto de cantidad que de actitud”, puesto que, “si bien se han escrito muchas autobiografías en Hispanoamérica, éstas no siempre se han leído autobiográficamente: filtradas a través del discurso dominante del día, han sido acogidas ya sea como historia o ficción, y raramente consideradas como abarcadoras de su espacio propio” (“La narrativa autobiográfica” 460).

contaminan la forma de los morfemas ni irrumpen en neologismos, porque el español estructura y domina la narración. Los giros en “segundos” idiomas funcionan claramente como invasores (no pretenden fusionarse con el castellano para formar un idioma nuevo) o como idiolectos (es decir, marcan la manera de hablar de un personaje concreto: “los franceses no saben viajar como los rusos, ils sont insupportables” dice la vieja amiga de la madre, Olga Souvaroff [54], Beatriz contesta evasivamente a la pregunta que le hace Daniel por su domicilio “muy lejos de aquí, pichón, you wouldn’t want to know” [55], Simón se preocupa por el gato que Daniel había dejado en Nueva York: “Está moody y solo consigo hacerle comer jamón” [77]). Los pasajes en las lenguas extranjeras son casi exclusivamente *citas* de otros: Daniel no necesita “segundos idiomas” para expresarse, el castellano le alcanza para hablar en *su propio nombre* –la realidad, los hechos que él mismo percibe o experimenta caben, por así decirlo, en una sola lengua– pero le queda corto al referir las palabras de los demás. Así, la traducción que *debe* preparar como narrador (sus conversaciones se llevan a cabo mayoritariamente en inglés) solo se hace a medias, como si estos recuerdos que tanto anhela reconstruir fueran, por lo menos en parte, recuerdos de una lengua específica. Lo que sostiene otra escritora migrante, María Negroni, se aplica bien a Molloy: “me he vuelto una especie de arqueóloga de la lengua, que colecciono palabras y expresiones porteñas, que las atesoro cada vez que algún amigo las usa” (32). Daniel colecciona lenguas del pasado, no solo el porteño, asimismo “el inglés de colonias que recuerdo hablaba mi padre y sin duda yo también hasta que la práctica cotidiana en los Estados Unidos me lo cambió” (158). Este “adicto de memorias ajenas” (150) es, en realidad, adicto de *relatos* ajenos, puesto que la memoria se estructura –valiéndose de la vieja distinción formalista– más bien como *syuzhet* que como fábula. A ello se debe, la aguda consciencia lingüística que presenta el narrador, el que –si bien no necesita, como queda dicho, lenguas extranjeras para relatar los hechos que vive o recuerda– sí suele vigilar constantemente el uso que él mismo da a los idiomas: en qué lengua contesta cuando no puede controlarlo (“estoy profundamente dormido cuando suena el teléfono [...]. Creo que contesto en inglés” [93]), “te prevengo que te despertaste hablando inglés”, le anuncia

Beatriz [202]), o cuál de las tres le incita una especie de deseo lingüístico (“de pronto me asaltan ganas de leer en inglés” [126]).

Por lo tanto, para Molloy, la apuesta última de este viaje a los orígenes se juega a nivel de la lengua, que es la que finalmente cimienta la alienación del sujeto (el reencuentro con las raíces no conlleva una afirmación identitaria), mientras que la cuestión del espacio (¿cómo se conecta el acá con el allá?, ¿cómo moverse por una metrópoli globalizada como Buenos Aires?) queda relegada al segundo plano. El narrador, es cierto, narra con minucia sus itinerarios ciudadanos –se barajan nombres propios de barrios y calles que connotan vivencias del pasado– pero estas referencias espaciales parecen tener la función de un mero *aide-mémoire*, reemplazable, sin mayor perjuicio para la narración, por una magdalena, por ejemplo.

En un ensayo dedicado a las narrativas de regreso, Molloy hace referencia a dos textos en los que la extranjería del espacio se consigue de forma meramente artificial: uno es el cuento de Hawthorne, cuyo protagonista, Wakefield, un día abandona la casa en la que vive con su mujer, para mudarse a un apartamento a la vuelta de la esquina, donde se queda por veinte años hasta que un día, sin motivo aparente, entra en su antiguo hogar; otro, son las cartas que Borges envía a sus amigos europeos tras su vuelta a Buenos Aires en 1921, en las que se presenta como extranjero en su patria. “Este *extraño país* sobre el cual Borges debe documentarse –la patria, la casa, vueltas literalmente *unheimlich*–” (Molloy, “Retornos inconclusos” 37) es una buena prueba de que los “espacios propios” son simulacros, construcciones voluntarias hechas a medida de cada uno o “países portátiles”, como los llama Daniel (Molloy, *El común olvido* 165)⁷. Para Molloy, la dimensión espacial de la vida es de alguna manera accidental o secundaria, lo verdaderamente real, con lo que el sujeto tiene que lidiar, es el relato del pasado. “El lugar al que se vuelve, constata la escritora argentina, es, forzosamente, lugar de tránsito y a la vez lugar de elaboración: elaboración de sí mismo como otro, elaboración de una patria imaginaria, construcción de otro *relato* (“Retornos inconclusos” 42)”.

⁷ Ana Gallego repara en que este tratamiento de espacio nacional como relativo o desarmable es un rasgo característico de toda la obra de Molloy (“La Argentina en la valija”).

Este balance entre lengua y espacio, dos coordenadas para aprehender la condición del migrante, queda invertido en las narraciones de viaje o de retorno provisional de Lina Meruane. *Sangre en el ojo* (2012) cuenta la historia de una joven escritora de origen chileno, Lucina Meruane, que reside en Nueva York, donde prepara una tesis de doctorado. Debido a la diabetes que padece, sufre una serie de derrames oculares que la dejan ciega y, mientras espera la operación, viaja de vacaciones a su casa natal en Santiago, donde se reencuentra con su familia. Como *El común olvido*, esta novela también se aventura en el territorio autoficcional empezando por el nombre de la protagonista y su carrera universitaria en Estados Unidos, y terminando en el hecho de haber sufrido una ceguera (temporal, en el caso de la autora) a causa de la diabetes. No obstante, a diferencia de Molloy, a Meruane no parece atormentarle el asunto del nunca-del-todo-borrable desarraigo lingüístico⁸, y menos todavía el de la memoria; en el fondo, la novela explora temas que fácilmente se desvinculan de la condición migrante de su autora, como los de las relaciones de poder dentro de la pareja, del amor culposo entre madre e hija o de una enfermedad crónica. Pese a ello, en *Sangre en el ojo*, también asistimos a un (menos, desde luego, explícito) cuestionamiento del territorio individual, aquí polarizado no entre un afuera y un adentro nacional, sino flotante en un espacio global, decisivo para cómo el sujeto percibe su anclaje en un lugar concreto.

En la novela de Meruane, las indagaciones en el idioma no tienen carácter de cruces interlingüísticos –ni siquiera en la forma que cobran en la narrativa de Molloy– tampoco se ejerce el virtuosismo de *spanGLISH*, y eso pese a que la trama transcurre mayoritariamente entre la comunidad latina en Nueva York. La escena que abre la novela –la ruidosa fiesta de los latinos en un departamento neoyorquino que impide dormir a los “gringos”– acentúa el hiato entre la comunidad de los autóctonos y la de los “afuerinos” que, en la obra, permanecerán separados. En contadas ocasiones, se dan algunos *switches* lingüísticos, pero los personajes se mudan a otra lengua de forma natural, improvisando acentos, y no les parece importar por quiénes se les tomará: no

⁸ Y no es que le fuera ajeno: “En New Jersey, recuerda la narradora su infancia, yo me había olvidado del castellano. Después, en Santiago, me olvidé del inglés. Me estoy olvidando de mi misma, pensé” (*Sangre en el ojo*).

les importa llamar la atención y su extranjería no los agobia, como era el caso de Daniel. En ello, quizás, reside la mayor diferencia entre ambas escritoras: si para Molloy, el agudo sentimiento de la no pertenencia se debe a dejarse descubrir como extranjero, a *no poder pasar desapercibido* entre los nativos, para Meruane, el otro es el enfermo o el *homeless* que, precisamente, *pasa desapercibido*, porque los demás se esfuerzan en no reparar demasiado en él. En resumidas cuentas, en la narrativa de la autora argentina, se destaca la otredad con respecto a la norma nacional, mientras que, en la de la chilena, la otredad se da con respecto a una norma global de lo sano o de lo socialmente admisible.

En *Sangre en el ojo* los experimentos lingüísticos tienen básicamente el carácter monolingüe, es decir, ahondan principalmente en una sola lengua, el castellano, y lo hacen jugando con distintas variantes nacionales del habla (“joder, decía españolamente, ¿por qué coño vas tan lento? [...] ¡Gafas! ¿Desde cuándo llevas gafas?”) pero, sobre todo, con el potencial subversivo del mismo castellano, el de las palabras que se desintegran, pasando a formar otras palabras y otros significados. Ante la propuesta de Ignacio, el novio de la protagonista, de amueblar el nuevo departamento con sillas de playa, Lina-personaje contesta: “que sí, que *por su puesto*, lo que quieras, pensando cómo se te ocurre” (subrayado mío). En otros muchos momentos de la narración, el juego de significantes (“per fume”, “silla de rue das”, “por to das partes”, “miran do fijo” etc.) produce una especie de “rarefacción” del mismo castellano que, contagiado también con otras lenguas (inglés y francés), pierde su transparencia, resulta ser una lengua conspiradora o traidora, en el sentido en que nos delatan a veces lenguas extranjeras cuando no podemos expresarnos bien. El inglés, en cambio, es un idioma que desempeña una función meramente fática, con sus “what’s up”, “yes, of course”, “hi there” de contenido informativo prácticamente nulo. El único episodio en el que estas muletillas pasan a tener un valor añadido, sin dejar de estar vacías de un significado concreto, es cuando Lina-personaje, ya ciega, va caminando por la calle, intentando encontrar el camino a su nueva casa y de repente escucha una voz irreconocible:

Debía estar ya cerca de la entrada del edificio cuando sentí el hey de una voz, what’s up, aguda, enérgica. Me detuve. Quién

podía ser esa mujer, en ese barrio, en esa calle, al atardecer. Quién, si yo era una recién llegada a esa intersección [...]. Maldecía a esa mujer pero también a mí misma por sonreírle con todo el cuerpo, con mis estúpidos labios pronunciando un *hi there* todo impregnado de saliva. Ahí estaba yo, yo sola ante esa voz que penetraba mi persona como un violador.

La mujer resulta ser una desconocida transeúnte hablando por teléfono, pero su inocente inglés fático, sin el contexto suministrado por la vista, parece pedir imperiosamente ser escuchado, requerir una reacción que el interlocutor no puede negar porque las reglas del trato social lo impiden. La angustia que, en esta escena, suscita el inglés es, ciertamente, causada no tanto por la extranjería del idioma, sino por la ceguera de la protagonista, pero resulta significativo que sea el idioma inglés, tan domesticado ya en su función relacional, el que cobra de repente una “fuerza violadora” y acentúa todavía la otredad de Lina.

El pasaje arriba citado nos aproxima a la cuestión clave que es la de la configuración del espacio en la novela de Meruane. La discapacidad de la protagonista hace que la descripción clásica (visual) resulte inoperante, instalándose, en lugar de la mirada, dos procedimientos distintos de aprehender el espacio: uno basado en el agitado conjunto de datos proporcionados por los demás sentidos y otro, derivado de la memoria. El primero se emplea cuando Lina, sola o acompañada, se pasea por los espacios externos o internos en Nueva York: “La calle no era un lugar, era una multitud de ruidos dándose de codazos y apretones”; “el tumulto de cuerpos que nos empujaba y nos arrollaba y nos pisaba las suelas de los zapatos”; “La [nueva] casa estaba viva, empuñaba sus pomos y afilaba sus fierros mientras yo insistía en arriarme a esquinas que habían dejado de estar en su lugar”. Lo característico de estas descripciones es su agresividad: los lugares parecen volverse en contra del yo, demostrando una especie de ímpetu violador similar al que detectamos en la voz irreconocible de la transeúnte, solo que aquí, el agente (el violador) es impersonal, como la muchedumbre o la casa. Se trata, además, de lugares sumergidos en un puro presente: el exceso de datos –ruidos, empujones, olores– difícilmente se procesa, porque se desvanecen nada más percibidos, ninguna de las sensaciones se abrirá el camino hacia la memoria ni convertirá en un recuerdo consolidado. En el otro extremo, están las descripciones ancladas solamente en el pasado: ante la discapacidad de la vista, se

activan los recuerdos suscitados por lugares concretos: “la cabeza me zumbaba, se recalentaba con las imágenes que cada palabra de Ignacio suscitaba en mi memoria. Decía Central Park y la cabeza se me llenaba de patos azules y renacuajos resistiendo a los turistas en lagunas fosforescentes”. Lógicamente, este procedimiento se aplica con más insistencia en el espacio de la ciudad natal, Santiago (siendo el flujo de sensaciones reservado para la zona neoyorquina), donde todos los lugares tienen el valor de “lugar antropológico”, para emplear el término de Marc Augé.

De jaba que fuera salpicando el mapa en mi memoria visual con trozos sueltos de la ciudad, sus avenidas sucias y el contorno de las esquinas, letreros escritos a mano con faltas de ortografía, almacenes de ropa usada americana, los cafés con piernas del centro, ciertas calles que todo chileno conocía y que yo iba a presentar después a Ignacio, casetas rotas de teléfonos, carritos de mote con huesillo. A tu izquierda va quedando la plaza Italia (y se me apareció la plaza, Ignacio, la que ahora está también grabada en tus ojos, la plaza con su Ícaro portando una excesiva antorcha de bronce) y a la derecha, señaló, el ex Normandie (el cine donde vi desoladoras películas rusas en sesión de medianoche, matándome de frío, muriéndome de sueño) y acá, la voz de Félix interrumpía mis recuerdos, acá el cerro Santa Lucía y su mural de la fundación de Santiago (cada palabra una paleta de color en mi cabeza), ¿te ubicas dónde estamos?

Este Santiago recordado o contado por Lina (el *lieu-dit* de de Certeau) le ofrece la posibilidad de restablecer, de manera desde luego no esencialista ni determinante, la vieja relación entre la identidad y el territorio, puesta en duda, precisamente, por los relatos de los nómadas, que –como Molloy– suelen rasgar las raíces identitarias echadas en un lugar concreto. El recorrido por los principales puntos de referencia en el espacio ciudadano –finalmente “llegamos al palacio de La Moneda que se me figuró blanco, inmaculado, previo al estallido de las bombas y a los helicópteros militares sobrevolándonos”– cimienta el sentido de la pertenencia a la comunidad que comparte la misma historia, grabada en el espacio, y la misma lengua. La ruta por la ciudad –no la ruta del turista el que, según Marc Augé, es, a fin de cuentas, él mismo el objeto último de su contemplación, sino la ruta del nativo– reconstruye la definición que el antropólogo francés propone para el “lugar antropológico” y que, justamente, se concreta de manera geográfica: mediante los caminos trazados por los hombres, los lugares de cruce, donde los habitantes se

encuentran y se reúnen y, por último, los centros religiosos o políticos “que definen a su vez un espacio y fronteras más allá de las cuales otros hombres se definen como otros con respecto a otros centros y otros espacios” (Augé 62). Contrariamente al “no lugar”, el lugar antropológico incita al sujeto a relacionarse con él, consiguiendo de este modo un sentido individual y comunitario a la vez. Resulta curioso, desde esta perspectiva, el estatus que ocupa en la novela el espacio de Manhattan que sería, para Lina, un lugar antropológico de segundo grado, provisto de un sentido individual, pero no del comunitario, ya que las connotaciones que suscitan en ella los lugares allí recorridos son estrictamente personales y la dimensión colectiva (como el recuerdo de “los hoyos en La Moneda”) no aparece.

Además de estos dos polos geográficos, el norte y el sur entre los cuales se despliega la vida del protagonista, *Sangre en el ojo* ofrece también el acceso a los espacios intermedios, que sirven de lugares de paso (el aeropuerto y el avión) y que, siguiendo a Augé, llamaremos “no lugares”. En la novela de Molloy, por el contrario, estos espacios de espera y de inmovilidad obstruirían tan solo el avance de la acción, y por tanto quedan reducidos o eludidos del todo. El protagonista, es cierto, arriba a Ezeiza, pero recién se lo ve saliendo del aeropuerto para acceder a la ciudad: “Pasar de la relativa sombra del aeropuerto a la luz blanca del despoblado siempre me pareció una forma particularmente despiadada de entrar en el país” (Molloy, *El común olvido* 13); el relato del viaje de vuelta, en cambio, se resume en media página. Contrastados con esta escasez de atención narradora, los “no lugares” en las novelas de Meruane (tanto *Sangre en el ojo*, como *Fruta podrida*, 2015, por ejemplo) desempeñan el papel mucho más destacado, sirviendo de una especie de “canales de paso” entre dos lugares antropológicos que la protagonista percibe desde luego como propios (Chile y Estados Unidos), pero que también se hallan en mutua tensión, ya que necesariamente proporcionan un “kit de identidad” distinto.

El “no lugar”, concepto acuñado por Augé en los 90 y desde entonces ampliamente comentado en sus múltiples acepciones (antropológicas, arquitectónicas, también literarias), se aplica a lugares de tránsito o transitoriedad, como aeropuertos, aviones, autopistas, centros comerciales, supermercados, habitaciones de hoteles, etc., cuyas principales características son

soledad y similitud. Desprovistos de rasgos idiosincrásicos –los no lugares son altamente parecidos, las curiosidades locales solo “desempeñan el mismo papel que las *citas* en el texto escrito, estatuto que se expresa de maravillas en los catálogos editados por las agencias de viajes” (Augé 60)– no ofrecen ningún arraigo identitario y la única relación que el *usuario* puede establecer con el no lugar es la de utilidad. De hecho, son mayoritariamente lugares de consumo donde circulan clientes, usuarios, pasajeros, oyentes, etc., los que no llegan a construir una colectividad (ni lo pretenden), contentándose con formar una coexistencia temporal de individuos. La proliferación de no lugares es un fenómeno característico de la “sobremodernidad”, época que se opone a la modernidad por sus tres “figuras de exceso” (Augé 19): la del tiempo, sobrecargado de acontecimientos que requieren una interpretación, la del espacio que, gracias al desarrollo de medios de transporte y medios de comunicación (televisión e Internet), se abre y se encoje de manera espectacular, y la del ego, del individuo que, por lo menos en las sociedades occidentales, solicita la particularización de referencias, asignándose el derecho de interpretar por sí solo la profusión de datos, sin confiar en el sentido establecido a nivel colectivo.

En *Sangre en el ojo* , los no lugares representados son los del aeropuerto, avión y hospital (los mismos, por cierto, se reproducen en la novela *Fruta podrida* de la misma autora), de los cuales me interesarán ante todo los dos primeros, ya que en ellos se lleva a cabo el “rito de paso” entre los dos espacios domésticos de Manhattan y de Santiago. La narradora advierte con sagacidad las características alienantes de estas áreas que, según Augé, no se merecen el nombre de “lugares”. Ambas, siendo espacios de soledad (“vi con horror, con pavor, con verdadera consternación, [...] que yo estaba a punto de perder todo aquello que me proporcionaba Ignacio”), no son, sin embargo, espacios de anonimato, ya que la pasajera es obligada a identificarse en el control aduanero, donde queda detalladamente registrada, fichada, etc. En las llamadas “zonas de seguridad” se ejecuta, en realidad, un minucioso ritual de inspección y, a lo largo de todo el viaje, los pasajeros siguen disciplinados mediante una serie de protocolos de comportamiento. Más que cualquier otro espacio, los no lugares son zonas de cuidadosa vigilancia que –por más consentida o tolerada que sea– produce un sentimiento de agobio o asfixia, que

culmina con un ataque de nervios que sufre Lina. En este espacio siempre idéntico, el colorido local, tal como apuntaba Augé, solo aflora en forma de una pintoresca estampa, cuando el piloto bromista y algo bufón comenta la próxima escala intermedia en Lima, animando a los pasajeros a “visitar a las cholas del duty free, [...] envueltas en sus faldones”, traídas ellas a colación, justamente, como esa cita de lo exótico, una mera curiosidad local.

La dimensión negativa del no lugar –definido, pues, por sus ausencias con respecto al lugar verdadero, antropológico– es simbólicamente marcada con los paréntesis que encierran el episodio del viaje de vuelta (capítulo titulado “caja negra”). Lo entonces ocurrido se presenta como si fuera un inciso, una larga oración intercalada que funciona fuera del hilo argumentativo principal, y resulta incidental con respecto a la vida real de los protagonistas, instalada en los lugares antropológicos que ofrecen un arraigo tangible, por más que a veces les agobian con su excesiva familiaridad. En estos ambientes aislados, sacados del curso normal de las cosas, ocurren, sin embargo, actos de transgresión, en los cuales el cuerpo o el deseo no se pueden controlar. Durante el viaje de ida a Santiago, Lina sufre convulsiones y descargas eléctricas que le provocan un desdoblamiento de personalidad: “separándome de mí misma y agarrando a Lucina, a la Lucina que era yo acercándome a Chile, agarrándola, así, de los hombros [...] empecé a remecerla con violencia y a decirle, es decir, a decirme a mí misma, ahora no, Lucina, no un estúpido ataque de nervios”. Resulta significativo que las convulsiones consigan apaciguarse con contar hasta cien, alternativamente, en castellano y en inglés, dos lenguas que se corresponden con la Lucina “acercándose a Chile” y la otra, “alejándose de Manhattan”. Al volver, la protagonista viaja acompañada de su novio y ya no experimenta ataques de debilidad física ni psicológica, sino, al contrario, perpetra un acto de agresión, de una toma en posesión del cuerpo que no es el suyo: le lame y le chupa el ojo al novio, anestesiado con las pastillas para el vértigo y el mareo aéreo. “Te separé los párpados y pasé la punta de mi lengua por ese borde desnudo que sentía como mi propia desnudez, y pronto lo estaba lamiendo entero, te estaba chupando entero el ojo con suavidad, con los labios, con los dientes, haciéndolo mío de un modo delicado, íntimo y secreto, pero también apasionado”. En este acto que es al mismo tiempo de amor y de daño –ambos

suponen la transgresión de fronteras corporales— se anticipa el final, el del ojo apropiado ya no solo metafóricamente.

En la condición del migrante, se agudiza la tensión vital que el sujeto contemporáneo siente entre, por un lado, la necesidad del arraigo y por otro, la reticencia ante la limitación de la libertad individual, entre el deseo de estar en movimiento permanente y el ansia de autodefinirse (y por tanto, *localizarse*) con respecto a los demás. El migrante voluntario, ese nuevo sujeto nómada que sustituyó al exiliado, encarna perfectamente el tipo de identidad abierto, construido libremente más que heredado, que el yo moderno desea para sí mismo. En el sentido más amplio, la auto-traducción del relato identitario que el migrante prepara para explicarse ante los demás y ante sí mismo, la proyectamos todos los sujetos de la modernidad tardía (o sobremodernidad), con la diferencia de que disponemos todavía de algunos puntos de referencia más estables, del que el migrante carece: la lengua nos define más que aliena y la dialéctica entre lo local y lo global se percibe de forma menos perturbadora. En los proyectos narrativos de Molloy y Meruane, estos dos factores —el idioma y el espacio— se cuestionan. En el primero, la extranjería lingüística del sujeto bilingüe anula la relación intrínseca entre la percepción de la realidad y su narración (“siempre hay otra manera de decirlo”); en el segundo, el yo, por más que se sienta enraizado en dos lugares distintos, necesita de hostiles espacios intermedios para realizar un peculiar rito de cambio de piel entre uno y otro.

Si bien para ambas autoras el relato identitario queda inconcluso (es imposible dar una respuesta cabal a la pregunta *¿quién soy?*), esta imposibilidad de adscripción recibe en sus respectivos textos un tratamiento distinto, derivado probablemente de la diferencia generacional entre las escritoras. Molloy interpela todavía antiguas nociones esencialistas, con un afán claramente deconstructivo: su apuesta es reivindicar una identidad no encasillable en las categorías tradicionales de lo nacional, lingüístico, y también sexual. Este tipo de desmontaje intelectual no es, en cambio, el objetivo de Meruane. Para Molloy el fracaso del relato identitario tradicional es punto de llegada, y para Meruane, lo es de partida. Según Zygmunt Bauman (80-83), cuyas reflexiones sobre el éxito de las políticas identitarias han sido recientemente recogidas y ampliadas por Francis Fukuyama

(2018), vivimos en la época en que se reconocen plenamente los derechos a la diversidad cultural⁹. Ante el total reconocimiento de la identidad individualizada –que prescinde de categorías colectivas como “nación”, “territorio” o “lengua”– es entendible que los intereses de Meruane se dirijan hacia otras cuestiones. Una vez constatada la imposibilidad de reconocerse plenamente en una narración identitaria grupal, la autora chilena empieza a indagar el espacio –uno de los antiguos pilares del sentido de la pertenencia– desde otras perspectivas: las posibilidades de conocerlo con otros sentidos que la vista, su capacidad de incitar los comportamientos turbadores o transgresores, y también su posición en la red global.

Bibliografía citada

Anzaldúa, Gloria. *Borderlands = La frontera: the new mestiza*. San Francisco, Aunt Lute Books, 2012.

Augé, Marc. *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, Gedisa, 1993.

Bauman, Zygmunt. *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Trad. Jesús Alborés. Madrid, Siglo XXI, 2006.

Cohen, Marcelo. “Pequeñas batallas por la propiedad de la lengua”. *Poéticas de la distancia: adentro y afuera de la literatura argentina*, Sylvia Molloy y Mariano Siskind (eds.), Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006, pp. 35-56.

Fukuyama, Francis. “Against Identity Politics The New Tribalism and the Crisis of Democracy”. *Foreign Affairs*, 5, 7, 2018. Web. 2 ene 2019.

⁹ Esta constatación tiene, para ambos estudiosos, un sabor algo amargo, puesto que el reconocimiento de la diferencia cultural va a la par, según ellos, del colapso de las políticas de redistribución social. Bauman habla de “la sustitución de los criterios de justicia social por los de respeto a la diferencia reducida a la distinción cultural” (82-83). Fukuyama lo secunda: “Politics today, however, is defined less by economic or ideological concerns than by questions of identity. Now, in many democracies, the left focuses less on creating broad economic equality and more on promoting the interests of a wide variety of marginalized groups”.

Gallego Cuiñas, Ana. “La Argentina en la valija: la ficción de Sylvia Molloy”. *Inti. Revista de literatura hispánica*, 1, 73, 2011, pp. 59-71.

Josiowicz, Alejandra. “El común olvido, de Sylvia Molloy. Un viaje de reconstrucción de la memoria herida”. *Espéculo*, 35, 2007. Web. 22 dic 2018.

Loustau, Laura. “Memoria y lenguaje en *El común olvido* y *Varia imaginación* de Sylvia Molloy”. *Anclajes X*, 10, 2006, pp. 127-139.

Meruane, Lina. *Fruta podrida*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2015.

Meruane, Lina. *Sangre en el ojo*. Santiago de Chile, Random House Mondadori, 2012 (edición digital).

Molloy, Sylvia. “En breve cárcel”: pensar otra novela. *Punto de vista*, 21, 1998, pp. 29-32.

Molloy, Sylvia. *El común olvido*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2002.

Molloy, Sylvia. “A modo de introducción. *Back home*: un posible comienzo”. *Poéticas de la distancia: adentro y afuera de la literatura argentina*, Sylvia Molloy y Mariano Siskind (eds.), Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006, pp. 15-22.

Molloy, Sylvia. “La narrativa autobiográfica”. *Historia de la Literatura Hispanoamericana II*, Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker (eds.), Madrid, Gredos, 2006 pp. 460-466.

Molloy, Sylvia. “Retornos inconclusos: memoria dislocada y el deseo de volver”. *Poéticas de los Dislocamientos*, Gisela Heffes (ed.), Houdson, Literal Publishing, 2012, pp. 31-44.

Molloy, Sylvia. *Vivir entre lenguas*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2016.

Negróni, María. “Ir volver / de un adónde a un adónde”. *Poéticas de la distancia: adentro y afuera de la literatura argentina*, Sylvia Molloy y Mariano Siskind (eds.), Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006, pp. 23-34.

Rivera Garza, Cristina. “Las aventuras de la escritora errante y el extraño caso de la vida acentuada y los dilemas siempre abiertos de la lengua postmaterna”. *Poéticas de los Dislocamientos*, Gisela Heffes (ed.), Houdson, Literal Publishing, 2012, pp. 91-112.

Sarlo, Beatriz. “Oralidad y lenguas extranjeras: El conflicto en la literatura argentina durante el primer tercio del siglo XX”. *Orbis Tertius*, 1, 1, 1996, pp. 167-178.

Sommer, Doris. *Bilingual Aesthetics. A New Sentimental Education*. Durham and London, Duke University Press, 2004.

Steiner, George. *Extraterritorial*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2000.

Waisman, Sergio. (2007). “Argentine Writers in the US: Writing South, Living North”. *A Companion to US Latino Literatures*, Carlota Caufield y Darién J. Davis (eds.), Woodbridge, Tamesis, 2007, pp. 158-176.

Recibido: 31 de agosto de 2018. Revisado: 16 de noviembre de 2018. Publicado: 31 de julio de 2019. *Revista Letral*, n.º 22, 2019, pp. 199-220. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi22.7887>